

Varios siglos atrás, camino a Atenas, se encontraron dos poetas, y les alegró verse.

Uno de ellos le preguntó al otro:

-¿Qué has compuesto últimamente, y cómo suena en tu lira?

El otro poeta respondió con orgullo:

-Acabo de terminar el más grande de mis poemas, quizás el más grande poema que se haya escrito en Grecia. Es una invocación a Zeus Olímpico.

Entonces extrajo de abajo de su capa un papiro diciendo:

-Helo aquí, lo llevo conmigo, y desearía leértelo. Ven, sentémonos a la sombra de aquel ciprés blanco.

Y el poeta leyó su poema. Y era un extenso poema.

-Es un gran poema -dijo el otro poeta amablemente-. Vivirá a través de los años, y en él serás glorificado.

-Y tú, ¿qué has escrito durante estos últimos días? -preguntó con calma el primero.

-He escrito poco -respondió el otro. Sólo ocho líneas en memoria de un niño jugando en un jardín-. Y recitó sus líneas.

-No está mal. No está mal -comentó el primer poeta. Y se separaron.

Y hoy, luego de dos mil años, las ocho líneas del poeta son leídas en todos los idiomas, y son amadas y apreciadas.. Y aún cuando el otro poema ha vivido también a través de los años en librerías y en los textos escolares, y a pesar de ser recordado, ni es amado ni leído.